

# Los viajeros y las ciudades del Plata en el siglo XVIII

Rubén Osvaldo Chiappero

## I. INTRODUCCIÓN

Desde los primeros ensayos urbanos en el Caribe, la practicidad y economía del trazado a “cordel y escuadra” se impuso a lo largo de Hispanoamérica. En México, hacia 1530, la solución del nuevo trazado urbano en América se formalizó con una trama regular basada en el cuadrado y en cuyo centro geométrico se encontraba la plaza, una estructura que combinaba los antecedentes de las ciudades tardo medievales con la centralidad renacentista, muy en boga por esos tiempos, principalmente en Italia.

A lo largo del continente, las ciudades regulares fueron generando una imagen de orden que asombró a los europeos. Si bien en ciudades precolombinas como Tenochtitlán, que según la descripción de Hernán Cortés tenía “calles muy anchas y muy derechas”, admiraron a los españoles, la resultante de urgencias en el reparto de botín y la desmesurada amplitud del espacio americano frente a la escala ibérica, posibilitó originar un modo de urbanizar que privilegió la recta y el control geométrico de los recintos.

Avanzados los siglos, las referencias que hacen los viajeros al visitar los centros urbanos hispanos, posibilitan contar con otras fuentes que aportan la coloratura necesaria para comprender los procesos humanos que forjaron la ciudad en América.

En el actual territorio argentino, ya desde los primeros viajeros como Antonio Pigafetta y Ulrico Schmidel, las descripciones de la geografía y la vivencia de los hombres europeos y aborígenes se hacen letra para dar la imagen de estas tierras. A medida que avanza la consolidación de las fundaciones primeras, los viajeros aportan datos que llevan a ver a la ciudad desde sus ópticas y sus experiencias.

El siglo XVIII es muy rico en relatos sobre los escenarios urbanos pues, paulatinamente, la materialización de las ciudades se hace más tangible por encima de esta horizontal infinita de la cuenca del Plata. Las descripciones van ganando en detalle y desde las primeras impresiones sobre la baja calidad del hábitat urbano en los albores del siglo, se suceden los viajeros que verán la evolución paulatina y las mejoras de los edificios, además de la incorporación de los servicios, en especial, en Buenos Aires. Los cambios de los modos de percibir la ciudad permitirán trazar una imagen urbana que desde la precariedad inicial, avanzará a la contundencia de una materialidad que ya está presente en las mediciones y apuntes de los viajeros ilustrados de finales del siglo.

Los relatos sobre la ciudad del territorio del Río de la Plata, vista y comprendida por los viajeros extranjeros en el siglo XVIII, constituyen una memoria de las dimensiones tangibles e intangibles –que difieren de las suyas propias– del modo de hacer y obrar urbano de aquel siglo y que, tenidas en base documental, se erigen en significativos aportes para la historia urbana de nuestro país.

## 2. EL CONCEPTO DE CIUDAD HISPANOAMERICANA

El concepto, –aquello que la mente entiende, comprende y concluye por medio de la observación, reflexión e inducción– de la ciudad hispanoamericana, representa una realidad material que, basada en el sencillo resultado de la cuadrícula, adaptable prácticamente a todos los terrenos sin perder su esencia, pudo aplicarse flexiblemente en la inmensidad del territorio americano ocupado por la Corona española.

La ciudad en Hispanoamérica se fundó en el siglo XVI, avanzó en su construcción en el siglo XVII y se consolidó en el siglo XVIII, conjugando el modelo empírico surgido en las premuras de las primeras décadas con base en la idea cultural europea trasplantada a América, perfeccionada paulatinamente y legalizada mediante las disposiciones ordenadoras y rectificadoras de Felipe II en 1573.<sup>1</sup> La ciudad hispanoamericana surgió con incuestionables atributos de originalidad y mismidad, prolongando las tendencias que habían marcado las disposiciones de Alfonso X el Sabio y Jaime II con sus *Ordinaciones* (1300) más allá del siglo XVI, cuando lo urbano europeo comienza a incorporar las influencias de los cambios que desde la Roma de Sixto IV (1585)<sup>2</sup> se habían expandido por el Viejo Continente.

En la consolidación de la ocupación del territorio continental, rápidamente conquistado militarmente en la primera mitad del siglo XVI, la ciudad tendrá un protagonismo preponderante a tal punto que, al arribo del siglo XVII, las principales fundaciones ya se habían establecido conformando un extenso sistema de centros administrativos, religiosos, militares y comerciales que se distribuían desde la península de Florida y California hasta las llanuras pampeanas. El resultado, un grandioso esfuerzo urbanizador, con una planificación y un desarrollo casi autónomo de las culturas preexistentes, resulta admirable al considerar el dilatado territorio y la escasez de hombres y dinero con que se debía afrontar tamaña empresa.

Las ciudades fueron la mejor estrategia que la Corona española pudo llevar adelante para asumir plenamente el control del espacio americano pues, junto con la permanencia estable de habitantes europeos, se cumplían las funciones necesarias para tal fin. Resultaron indispensables como la primera base estable de aprovisionamiento en la costa marítima, tendieron puentes con aquellas más internas de la cadena de fundaciones, oficiaron de establecimiento de intercambio comercial, se erigieron en centros administrativos a escala local y regional, establecieron sujeciones y evangelizaron a la población autóctona, controlaron la propiedad y el uso del suelo e introdujeron las pautas de vida europeas en un ámbito geográfico y humano en el cual predominaban los estadios culturales neolíticos. “Las ciudades fueron, desde el principio, los centros neurálgicos de todas las divisiones administrativas del territorio hispanoamericano y en ellas sitúan sus sedes todos los organismos civiles y eclesiásticos”.<sup>3</sup>

Las características esenciales de la ciudad hispanoamericana —la rigurosa geometría regular y la centralidad funcional de la Plaza Mayor, principalmente— la posicionan como recreación americana de la ciudad ideal de las utopías cristianas medievales y de las teorías de raíz clásica del Re-

nacimiento, pero fuertemente condicionada a la necesidad de dar inmediatas respuestas y distribuir equitativamente el suelo urbano contando con elementales instrumentos topográficos que sólo possibilitaban medir longitudes y trazar ángulos rectos.<sup>4</sup>

El antecedente de las instrucciones de Fernando el Católico en 1513 a Pedrarias Dávila, donde se manda organizar los solares dejando lugar para la plaza y las calles ordenadas desde el principio pues de otro modo, no se podrá contar con la disposición necesaria para que “el pueblo parezca ordenado”,<sup>5</sup> muestra toda la potencia en ciernes del urbanismo regular que dominará en la América española. En lo sucesivo, la demarcación de las ciudades se realizará en base a una trama de calles rectilíneas circundando una plaza central según el expreso mandato del rey aragonés. Con la promulgación de “Las Leyes de Indias”, se ratificarán estos antecedentes cuando, en el Tomo Segundo, Libro III, Título 7, se establezca: “Y cuando hagan la planta del Lugar, repártanlo por sus Plazas, calles y solares a cordel de regla, comenzando desde la Plaza mayor, y sacando desde ella las calles a las puertas y caminos principales y dexando tanto compás abierto, que aunque la población vaya en crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma.”<sup>6</sup>

La plaza resumió en sí misma y en sus bordes todas las funciones y vivencias principales de la sociedad como también las posesiones de los vecinos más relevantes, con lo cual devino centro absoluto de la composición espacial y temporal de cada asentamiento. La plaza de la ciudad continental, superó las primeras experiencias urbanas caribeñas —Santo Domingo, La Habana— donde la duplicidad de centros espaciales recreaba concepciones medioevales, para acercarse a la composición clásica aunque, por la partición en cuatro solares de las manzanas circundantes, no se logró insertar los edificios principales —la Matriz y el Cabildo— coincidiendo con los ejes del espacio público por excelencia.

Las calles rectas y las manzanas ortogonales, la disposición de la iglesia, como también las casas capitulares, ubicadas sobre un borde de la plaza mayor, asumen la condición de elementos fundantes de la práctica urbana americana que estableció un modelo que, si bien no se siguió rigurosamente en todos los establecimientos, si otorgó una imagen de homogeneidad y de facilidad de apropiación que potenció los aspectos positivos de la practicidad para consolidar el núcleo poblacional y repartir equitativamente la posesión de la tierra.

El escenario urbano de las ciudades hispanoamericanas, forjado sobre una estructura cuadrangular vacía, tuvo sucesivas modificaciones a medida que la ocupación de los solares, lenta y gradual en muchas de ellas, se cubría de volúmenes

arquitectónicos que, a su vez, se transformaban y renovaban con los impulsos de las nuevas generaciones e ideas. Cuando la unión de las fachadas produjo una continuidad en las cuadras sucesivas de una misma calle, la visión al infinito que se da desde el interior posibilitó percibir una sensación de dilatación y apertura que ya la preveían las disposiciones de la autoridad real. Y la plaza, vista como un espacio vacío que aúna la manzana despojada y los módulos de las calles, acrecienta la impresión de casi desmesura en la escala de estas ciudades tan particulares, que, con el correr de los siglos impactó grandemente a los viajeros europeos y fue descrita en narraciones que aportan multiplicidad de datos enriquecedores de la historia urbana de Hispanoamérica.

En el actual territorio argentino, el reservorio de información debido a los viajeros, permite complementar la historia urbana oficial de las principales ciudades heredadas de los españoles y reconstruir la trama edificada y humana que fue la base y el sostén de esta Argentina de hoy, que reconoce la vigencia de ese escenario urbano visto y comprendido en la malla cuadrada, en el encuentro de las calles en ángulo recto, en la ordenación e identificación numérica de los edificios, y que hace “permanecer en la conciencia la imagen original de la cuadrícula.”<sup>7</sup>

### 3. LOS VIAJEROS DEL SIGLO XVIII Y SUS RELATOS SOBRE LAS CIUDADES DEL ACTUAL TERRITORIO ARGENTINO

La exposición de las experiencias de los viajes a América a través de los relatos de sus protagonistas, comenzó a poco de la llegada de los conquistadores, religiosos, funcionarios y exploradores. Al servicio de la Corona y al servicio de Dios, aquellos que recibieron el impacto de las novedades de los nuevos paisajes, de los problemas diversos, de los particulares usos y costumbres de los habitantes nativos y de los europeos afincados, transmitieron sus impresiones teniendo presente que, los que habían quedado “allá” pudiesen ser partícipes de estas vivencias. En esta relación, quien escribe sobre el viaje tiene en sus relatos “una trabazón íntima *con expectativas profundas de la sociedad a la cual se dirige.*”<sup>8</sup>

Los viajes fueron una instancia decisiva para constatar en vivo las maravillas propias de esta nueva realidad que se incorporaba al Viejo Mundo; y las descripciones literarias y, en muchísima menor medida las gráficas, circularon entre España y América en un intercambio enriquecedor de la cultura hispanoamericana.

El viajero documentó en narraciones mayormente descriptivas y poco reflexivas o narrativas la diferencia con su propia cultura, lo que le era ajeno, lo que no le era propio ya que, por su propia alteridad, pusieron énfasis en las cualidades que distinguían y caracterizaban esencialmente

estos nuevos horizontes físicos y culturales. De allí que los imaginarios producidos a través de las letras son fuente insuperable para comprender cabalmente las singularidades del nuevo habitar.

El relato, con características que provienen del discurso oral y que se escribe para un destinatario aleatorio y no precisado, pero sí siempre definido por pertenecer a la misma cultura que el narrador, rescata la idiosincrasia de las gentes y de los lugares que se recorren y caracterizan y “dan el color preciso para situar la época y conocer modalidades y costumbres que de otra manera sería difícil precisar.”<sup>9</sup> De este modo, se enriquecen los datos provenientes de los documentos oficiales que, por sus propias características, son más parcos a la hora de brindar explícita caracterización de los personajes, las circunstancias y los paisajes de las nuevas comarcas.

En los relatos de los viajeros, la ciudad hispana en el actual territorio argentino aparece descrita en el contexto de las referencias a la geografía territorial, las anotaciones sobre la vida de las gentes que habitaban estos territorios, como también las observaciones de las relaciones personales e institucionales que originaron y promovieron el viaje.

La ciudad, como objeto cultural por excelencia, va siendo contada de acuerdo a los visiones de cada viajero ya desde el siglo XVI, pero tiene una presencia indudable en el siglo XVIII, tiempo en que la construcción urbana está a plena consolidación en toda la América española. En el actual territorio argentino, superada la primera etapa de fundaciones y traslados, el siglo XVIII muestra un continuo afianzarse en la delineación edilicia del modelo urbano impuesto por la praxis conquistadora y la legalización de la Corona mediante las Leyes de Indias.

La selección realizada de viajeros que llegaron al Plata en el siglo XVIII permite visualizar, a través de sus relatos, el avance que las ciudades realizaron a medida que transcurrían las décadas. Y, desde la modestia inicial, paulatinamente, van sumando beneficios para los habitantes, de tal modo que a fines del siglo los viajeros, ya con mayor ilustración que los que inician la centuria, tienen una impresión más feliz de los centros urbanos. Y si bien todos tienen referencias a las ciudades más importantes, no siempre dejan de lado poblados menores que suman atractivo e interés para la comprensión de la urbanización producida en lo que, en las últimas décadas de esa centuria, será el Virreinato del Río de la Plata.

Iniciando el siglo, en 1702, el escrito del Hno. Heinrich Pescke S.J. deja sus impresiones sobre Córdoba, ciudad que, como destino de muchos jesuitas que arribarán al Plata, cuenta con su preferencia por sobre otras, como es el caso de Buenos Aires, puerto de ingreso a estas tierras.

Pero luego, en 1705, un escrito anónimo, conocido como el Anónimo Francés, ya posibilita ver a Buenos Aires desde su óptica, pero no menciona a otras ciudades. Esta situación se verá igualmente en 1708, cuando Martín du Bassin, Bigot de la Quanté, Dralsé de Grand-Pierre y Woodes Rogers, sólo tendrán palabras para esta ciudad sin aportar datos de otros centros habitados.

Nuevamente, para 1719, Córdoba tendrá la atención del Hno. Joseph Claussner S.J., en tanto hacia 1723-1724, el Hno. Michel Herre S.J. se referirá sólo a Buenos Aires. En 1729, el Padre Matías Strobel habla de Buenos Aires, pero también, en forma breve y con poco entusiasmo, ubica a Córdoba, Asunción, Santa Fe y Salta. En ese mismo año, en sendas cartas, el Padre Carlos Gervasoni S.J. describirá Buenos Aires y Córdoba con palabras de mayor elogio y valoración y al año siguiente, el padre Cattaneo S.J. mostrará una Buenos Aires que se está acercando a la visión que requieren los europeos de un centro urbano.

Entre 1749 y 1753, los escritos del franciscano Pedro José de Parras sitúan a Buenos Aires en la posición de futura competidora con la corte de Lima y describen con gran justeza y precisión a Santa Fe, Corrientes, Itatí, Asunción y Córdoba. Y, contemporáneamente, en 1750, Florián Paucke S.J. se explaya en comentar con mayores holguras los puntos notables de Buenos Aires y Córdoba. En 1773, el relato de Concolorcorvo permite, con numerosas referencias, tener una cabal idea de la importancia de Buenos Aires, Córdoba y Tucumán.

En las últimas décadas del siglo XVIII, los españoles ilustrados Juan Francisco Aguirre, Diego de Alvear (1783) y Félix de Azara (1793), dejarán asentadas de su puño y letra las imágenes urbanas más consolidadas y en proceso de mejoras de Buenos Aires, Asunción, Montevideo y, con menor jerarquía, se harán presentes las referencias a Santa Fe.

El siglo XVIII se cierra y los últimos viajeros, haciendo gala de su instrucción y su pertenencia a las armas, observan a las ciudades del Plata con una visión cercana a la cientificidad propia de esos tiempos. La ciudad hispanoamericana habrá alcanzado a los ojos de los europeos una categoría y calidad que alcanza para hacerlos sentirse, con mayor benevolencia y civilidad, en centros urbanos similares a aquellos europeos que fueron su cuna y desarrollo.

#### 4. INTERPRETACIÓN DE LOS RELATOS SOBRE EL ESCENARIO URBANO EN EL CONTEXTO CRONOLÓGICO

La ciudad en el Río de la Plata y su influencia se presentó a los viajeros del siglo XVIII con la presencia física que había alcanzado luego de dos centurias de esfuerzos y proezas para subsistir y arraigarse. Los conjuntos urbanos que más

frecuentemente aparecen en los relatos desde inicios de ese siglo son los de Buenos Aires, Córdoba, Tucumán, y con menos referencia se encuentra a Corrientes, Santa Fe y Asunción. Todos ellos descritos con una mirada particular que correspondía a la procedencia del viajero, a su educación y a la pertenencia a determinadas instituciones.

A medida que avanza el siglo XVIII es posible obtener una secuencia de descripciones en donde cada viajero pone la atención en detalles que permiten reconstruir el ambiente en el cual desarrollaron sus vidas los habitantes de estos territorios en aquel entonces. Desde los primeros años de la centuria, la forma de la ciudad está medianamente constituida y es lo que, a primera vista, impresiona agradable o desagradablemente al viajero.

Para 1702, el Hno. Heinrich Peschke S.J. ve a Córdoba con su forma regular y cuadrada aunque sin fortalezas cuidadas y, fundamentalmente, sin murallas. Le llama la atención que la dicha ciudad se encuentre “abierta como un pueblo”,<sup>10</sup> lo cual permite comprender que desde su mirada, europea y germana, la ciudad para ser considerada como tal, debía estar amurallada y defendida con baluartes de importancia.

Unos años más tarde, el escrito del Anónimo Francés, en 1705, aporta a la descripción de Buenos Aires mayor cantidad de datos. De ellos se desprende que la imagen de la ciudad percibida no era más afortunada que por tener un tamaño grande, organizadas sus calles rectilíneamente aunque con deficiencias en las viviendas construidas con materiales deleznable y, principalmente, en la carencia de un puerto, dado que el sitio que está destinado a tal fin, no es más que una ensenada donde los barcos pueden estar fondeados. También es notoria la importancia que le da a ciertas condiciones atmosféricas pues atribuye la escasa altura de la ciudad a los fuertes vientos que se abaten sobre ella.<sup>11</sup>

Buenos Aires, hacia 1723-1724, le aparece al Hno. Michel Herre S.J. como impropia de ostentar el título de ciudad ya que, por su experiencia urbana en Alemania, la observa en desventajas a muchas aldeas de su tierra natal. Establece claramente la referencia a la aldea, que es una organización elemental en la red urbana del Viejo Continente, tanto en su tamaño físico como en su reducido número de habitantes, mientras que la ciudad es estructuralmente más consolidada a través de una edificación compacta, una organización legal y una personalidad colectiva privilegiada, proveniente del Medioevo y consolidada con la ciudad burguesa.<sup>12</sup> Estas características no son advertidas por el Hno. Herre, pese a que Buenos Aires contaba con Gobernador y Cabildo, e insiste en que la calidad de la ciudad de Buenos Aires no es mejor a los nidos de las golondrinas porque éstas, al igual que los habitantes de la ciudad, construyen con



*Ave de la coca*

barro sus habitáculos. Si bien en su relato afirma que tiene alrededor de cinco mil habitantes, es evidente que posee una mirada muy subjetiva que la acentúa caracterizando a las gentes del lugar como perezosas en grado sumo.<sup>13</sup>

Un quinquenio más tarde, al Padre Carlos Gervasoni S.J.<sup>14</sup> tiene la impresión de Buenos Aires como de gran extensión y un significativo número de habitantes, cercano a las veinticuatro mil almas, lo cual indica una positiva diferencia con los viajeros que lo antecedieron si bien, contemporáneamente, el Padre Matías Strobel vuelve a dimensionar a la ciudad platense negativamente al decir: “su estructura no se diferencia de los pueblos de Hungría.”<sup>15</sup> Nuevamente la procedencia de estos viajeros condiciona la percepción física de la ciudad de Buenos Aires asimilándola a las rudimentarias y persistentes sociedades agrarias europeas.

La vivencia urbana de los sitios de procedencia no facilita a estos viajeros en el Río de la Plata comprender la esencia de la ciudad hispanoamericana. Se observa como una gran dispersión de edificios dentro de una frondosa vegetación cultivada en los huertos y sólo en el área central, la mayor proximidad de los edificios le facilita al Padre Cattaneo, en 1730, ver una estructura ordenada de calles derechas

en donde se concentran las construcciones de los edificios religiosos y civiles, dirigidas por jesuitas y levantadas por adiestrados africanos que pasaron a ser maestros en su oficio. Desde este centro más compacto, la imagen modesta que presenta la ciudad a estos europeos está en vías de superarse, pues el religioso concluye “que poco a poco Buenos Ayres va poniéndose en tal estado, que podrán los Europeos mirarlo sin desprecio.”<sup>16</sup>

Interesante es el cambio que se produce en la apreciación de Buenos Aires por parte de Fray Pedro José de Parras. Cuando el franciscano visitó la ciudad a mediados del siglo XVIII ya la forma general era vista como regular tendiente al cuadrado, de unos dos mil quinientos metros de lado, alargándose hacia las quintas a tal punto “que en breve tiempo será tan grande que pueda competir con la corte de Lima”.<sup>17</sup> Buenos Aires afirma su carácter urbano frente a otras ciudades que visitó el Padre Parras como Santa Fe, de la cual le resulta interesante comentar su condición de insularidad entre los ríos Salado y Santo Tomé (en realidad un brazo del Paraná) lo que le permite una defensa natural inigualable “de manera que ninguno entra ni sale en ella sino es embarcado, a causa de ser estos ríos profundos y no poder vadearse por parte alguna”.<sup>18</sup> Pero no olvida decir que

Santa Fe padece las consecuencias de su siempre presente pobreza aunque en esos momentos se percibían algunos dineros por el privilegio de Puerto preciso.<sup>19</sup>

Algo curioso sucede con el Reverendo Padre Parras en la percepción de la ciudad de Corrientes. La antigua San Juan de la Vera de las Siete Corrientes no le resulta importante para considerar aunque tenga alrededor de “trescientos vecinos”, ya que la percibe como demasiado pobre tanto en sus materiales edilicios como en la construcción en sí. Esto lo lleva a expresar su desazón en palabras de inspiración bíblica: “Con las repetidas lluvias se ponen estas tejas de color de ceniza, y como los edificios compuestos de barro, huesos y bosta, vienen a quedar del mismo color, de aquí es que toda la ciudad parece cenicienta, y ciertamente se me representó la ciudad de Sodoma.”<sup>20</sup>

Su peculiar descripción de Corrientes no tiene relación con la que hace de Itatí, sobre la cual tiene palabras elogiosas en cuanto a su ubicación geográfica como también al importante número de familias que residían en el poblado: “Tiene este pueblo bellísima situación, sobre la barranca del Paraná. Compónese de trescientas familias”.<sup>21</sup> Si bien no menciona ningún rasgo urbano más que el poblacional, Itatí queda en mejor posición de percepción frente, también, a Asunción –de la cual menciona su bochornoso clima, sus calles arenosas que son dificultosas de trajar para peatones y carretas, y sus edificios principales de pobre arquitectura–<sup>22</sup> y a Córdoba, ciudad que capta su atención merced a su condición de sede de Obispo y residencia del Teniente del rey de la provincia de Córdoba del Tucumán. Para el tiempo de visita del Padre Parras, la catedral tenía concluido el pórtico diseñado por el jesuita Andrés Blánqui, pero todavía faltaba cerrar las bóvedas del crucero y prebisterio.<sup>23</sup>

Prácticamente contemporáneo al franciscano Parras, el jesuita Florián Paucke deja sus impresiones sobre Córdoba, tendiendo su vivencia un poco más hacia la imagen de una ciudad de regular tamaño, ya que “no es una ciudad demasiado grande, pero tampoco demasiado chica”,<sup>24</sup> y con un orden urbano que lo advierte en sus calles rectas, su plaza amplia y de lados iguales como también en sus edificios que no sobrepasan la planta baja en su gran mayoría. Córdoba, así, es vista por los viajeros con disimiles valoraciones aunque, es importante referir, que para un jesuita que se encontrase en Córdoba en ese tiempo, el progreso edilicio era más que evidente,<sup>25</sup> en razón de la ingente obra arquitectónica desplegada por los arquitectos de la Compañía en su propio edificio como también en otros de la ciudad.

También Paucke visualiza a Buenos Aires como la urbanización más grande de la provincia de *Paraquaria*, no dejando de notar que, si bien rebasa el tamaño de Praga,

obviamente no tiene la magnificencia de aquella.<sup>26</sup> Una causa de esta mala impresión se debe a que las calles rectas no tienen obstáculo alguno por carecer de murallas hacia el territorio circundante, el espacio infinito de la Pampa, con sus escasas o nulas referencias, pero también porque los solares están cercados con vegetales autóctonos –los *cardones*, como los llama Paucke, según las traducciones consultadas– que, en realidad eran tunas u otras cactáceas o plantas espinosas.<sup>27</sup> Evidentemente, para un europeo que provenía de ciudades consolidadas y acotadas materialmente, Buenos Aires y otras ciudades del territorio del Plata, aparecían más semejantes a aldeas que las ciudades amuralladas europeas<sup>28</sup> que iniciaban su proceso hacia la industrialización.

Concolorcorvo –seudónimo de Alonso Carrió de la Vándera–, en 1773, brinda como dato e impresión que la ciudad de Buenos Aires había extendido con creces su tamaño y edificación desde su anterior visita en 1745, tanto que llega a colocarla en cuarto lugar luego de Lima, capital del Virreinato del Perú, Cuzco y Santiago de Chile.<sup>29</sup> Pocos años después, 1776, la erección del Virreinato del Río de la Plata posibilitaría a Buenos Aires una transformación urbana semejante a la de otras capitales virreinales que ya se avizoraba a inicios del siglo XVIII, reflejando en sus edificios “los importantes cambios funcionales”.<sup>30</sup>

Para cuando arriba a Córdoba, Concolorcorvo observa que la ciudad presenta una regularidad extrema en cuanto a su forma urbana cercana al cuadrado. La totalidad del espacio urbano es captado dentro de una geografía llana, dominada por el río Primero y los montes nativos, poniendo su atención en que las lluvias no presentan inconvenientes en un suelo arenoso, muy permeable, que permite transitar sus calles al poco rato de haber llovido aunque “se sienten en las plantas de los pies bastamente los vapores de la cálida arena”.<sup>31</sup>

La impresión que le causa Tucumán es similar a la de Córdoba en tanto que la forma urbana predominante le vuelve a aparecer como dominada por el cuadrado en las apenas cinco cuadras de la ciudad. Es capital jurisdiccional y sede de correos, pero su escasa relevancia arquitectónica religiosa y el poco llamativo equipamiento litúrgico le hacen ver que “la parroquia, ó matriz, está adornada como casa rural y los conventos de San Francisco y Santo Domingo mucho menos”.<sup>32</sup> La reducida extensión urbana se condice con la escasa población, pues Concolorcovo asegura que no más de veinticuatro hombres son los que ostentan los cargos públicos y la prosapia de vecino principal. Puede verse que la apreciación de las ciudades va disminuyendo en tanto se adentra en el actual territorio argentino en correspondencia al escaso desarrollo urbano de las antiguas fundaciones,

aunque no deja de reconocer las bondades geográficas del *pedemontano* donde Tucumán está emplazada: alto, sin accidentes geográficos perturbadores de la vida urbana y con campos fecundos posibilitantes de las producciones agropecuarias.

Con motivo de las demarcaciones territoriales necesarias para llevar adelante la reforma administrativa propuesta por los ministros de la monarquía española, en las últimas décadas del siglo XVIII hicieron su arribo al Río de la Plata, los hombres de la Ilustración que, además de sus funciones específicas, se adentraron en la comprensión del espacio geográfico que delineaban en sus mapas. Juan Francisco Aguirre, Diego de Alvear y Félix de Azara describieron las gentes, las ciudades, los recursos naturales, y contribuyeron a insertar fehacientemente a América en el mundo a través de una de las visiones más completas que España haya tenido de sus territorios de ultramar.<sup>33</sup>

Las ciudades en el Plata se hacen presentes en los estudios de Juan Francisco Aguirre con una minuciosidad que permite comprender el avance en cuanto a la materialidad de estos núcleos urbanos, pero también comprender la calidad de la percepción de los viajeros ilustrados de las últimas décadas del siglo XVIII.

El Capitán Aguirre, en 1783, resume su apreciación sobre Montevideo con que es sólo posible darle una categoría de “lo que entendemos con nombre de pueblo”.<sup>34</sup> La ciudad, que llevaba apenas una cincuentena de años de establecida en la ribera oriental del Río de la Plata, se presenta con cuadras sin edificar, vacíos urbanos que sirven para apilar cueros y edificaciones de regular importancia lo cual refuerza la impresión del marino español de encontrarse en una incipiente urbanización distante, en mucho, de lo que se comprende como ciudad por aquellos años.

Le sucede algo parecido con Buenos Aires pues no encuentra magnificencia en ella porque “si el viajero (sic) de España viera la ciudad no encontraría en que poner la consideración acerca de las Nobles Artes”.<sup>35</sup> Pero vale también apuntar que, si bien desde su punto de vista, no hay mayores impulsos en la organización arquitectónica y urbana, tampoco se ve miseria y abandono. Aguirre hace una minuciosa descripción de la ciudad en cuanto a la regularidad de las calles que por ser gredoso y llano el terreno se vuelven intransitables con las lluvias y temporales, los espacios de las nuevas plazas que se van dejando por la creciente ampliación de las cuadras edificadas, la espaciosidad de las casas que ya poseen cuartos para alquilar a los forasteros, y la presencia de iglesias y conventos en el área central, como también en el suburbio. El escenario urbano va cobrando fuerza y cuerpo y la ciudad hispanoamericana ya está consolidada en su edificación

por lo que, la visión del conjunto, es más benévola que a principios del siglo.

En el mismo año, don Diego de Alvear, teniente de navío de la Real Armada, sale de Buenos Aires en expedición para reconocer los terrenos neutrales entre el Chuy y el Tahin –frontera de los dominios portugueses y españoles y punto de reunión de los comisarios de la demarcación de límites– y se refiere a Colonia del Sacramento y a Montevideo, describiendo sus impresiones de modo tal que es posible comprender la mejor calidad urbana de la primera –en el pasado– respecto a lo que visualiza en la segunda.

De Colonia del Sacramento menciona sus orígenes y sus padecimientos en la alternancia de ocupación lusitana y española y que en 1778, don Pedro de Cevallos la toma definitivamente para el dominio de la Corona española, pero lamenta que haya ordenado demoler las defensas y gran parte de su casco urbano, además de dispersar la población. Poseía fuerte y plaza protegida de muros de piedra y cal, trazado irregular tendiente al cuadrado y buena arquitectura de sólida construcción, con pisos altos, rejas y celosías, además de balcones corridos. Una iglesia de nave única, en mal estado de conservación, completaba el paisaje urbano que quedó destruido y abandonado en gran proporción por la decisión de Cevallos.<sup>36</sup>

El 1º de enero de 1784, entra a Montevideo, protegida por una ciudadela cuadrada con baluartes y foso, visualizando su trama compuesta de seis calles en dirección NE y seis calles en dirección NO, lo que, por sus intersecciones, origina las cuadras o “isletas de cien varas de frente”.<sup>37</sup> Sobre la plaza, conectada a la explanada de la ciudadela, no tiene dimensiones tan generosas valiéndole el comentario de que “no deja de ser capaz”,<sup>38</sup> está la iglesia matriz en mal estado y en las proximidades del fuerte de San José, se emplaza el convento franciscano de mejor edificación e imagen de decencia. La referencia más notoria es que gran número de los 8.000 montevidianos viven en la campaña cuidando sus intereses agrícola-ganaderos y que los residentes se dedican primordialmente al comercio en todas las posibilidades que les brinda su posición estratégica de único puerto sobre el Río de la Plata. Se admira de que, aunque cara y con escasez de población, la subsistencia esté asegurada en esta ciudad joven, la más joven del Virreinato.

Otro viajero ilustrado, Félix de Azara, hacia 1793 se detiene en transmitir su impresión de Asunción, la ciudad madre de ciudades – Ciudad Real, Jeréz, Santa Cruz de la Sierra, Corrientes, Concepción del Bermejo, S. Juan, Santa Fe de la Vera Cruz y Buenos Aires, y las villas de Ontivero, Villarica y Talavera<sup>39</sup> en la cuenca del Plata, aunque su referencia fundamental es más histórica que urbana ya que, principalmente, considera que fue única sede del gobierno

español hasta que, en 1620 se crea “el otro gobierno y obispado” de Buenos Aires. Sucintamente, Azara describe Asunción como un poblado carente de regularidad en sus calles, con una arquitectura de escala sumamente doméstica y de materiales comunes. Esto es posible comprobar en el plano de Asunción, editado en Francia en 1787, en el cual muestra el trazado irregular anterior a las Ordenanzas de Indias y el acomodamiento a la fuerte topografía de zona de costa de río. El suelo arenoso y el escurrimiento natural de las aguas de lluvia subordinaba los trazados de las calles que generaban porciones irregulares de tierra en lugar de las regulares manzanas tradicionales y en las cuales, las viviendas, aparecen aisladas con tendencia a ocupar los límites de estos islotes.<sup>40</sup>

La mención a Buenos Aires que hace Azara indica el año de fundación y la particularidad de ser ciudad de la Santísima Trinidad y puerto de Santa María de los Buenos Aires, como también la regularidad de su traza y los avances en cuanto a que la construcción es de ladrillo y la ciudad cuenta con aceras,<sup>41</sup> equipamiento que también fue advertido por Aguirre.

A Montevideo le señala el año de fundación junto con el hecho de estar circundada por el río, que llama mar, sus fortificaciones de ladrillo y barro y su estructura urbana regular. Como sucede con Aguirre, la mención de que “sus edificios [son] como los de Buenos Aires”<sup>42</sup> posibilita captar que ambas ciudades tienen similitud en las líneas generales de la edificación y decoro urbanos. Y la traslación de la comparación en parámetros semejantes a Santa Fe, de la cual dice que “su asiento [es] llano, las calles y casas como en Montevideo, y tiene una parroquia con tres conventos de frailes”,<sup>43</sup> hace de Félix de Azara un agudo observador y un transmisor en pocas líneas de la esencia de la ciudad hispanoamericana, que para ese entonces se levantaba con sus casas e iglesias conformando una unidad urbana que le era mezquina a inicios del siglo XVIII.

Los viajeros de ese siglo percibieron en los escenarios urbanos del Río de la Plata que visitaron, con las modalidades propias y con una gran unidad general, la concreción material de esa vocación que dominó desde la etapa fundacional: convertir en ciudad cada fundación y constituir la con la prestancia edilicia acorde a los formalismos de la burocracia y los destinos de poder que habían trazado sus hacedores.

## 5. CONSIDERACIONES FINALES

La ciudad en la América Hispana concretó en su trazado los ideales de regularidad que la ciudad europea no poseía y al difundirse el modelo por todo el continente, al Plata

llegó con la misma fuerza que hasta había promovido la rectificación de las primeras urbanizaciones. Fue el caso de Santo Domingo, que luego del replanteo de la traza –iniciándose el siglo XVI– por obra de Nicolás Ovando, “sorprende a los mismos viajeros españoles”.<sup>44</sup> Realizado el acto fundacional, dibujado el plano y llevado al terreno demarcando las manzanas y las calles, situando los solares y los edificios principales, el crecimiento constante, pero muy pausado, posibilitó arribar al siglo XVIII con una estructura física que, sobre el trazado, permitía ya la lectura del espacio urbano.

Los viajeros advierten inmediatamente la regularidad del trazado; y las expresiones son bastante coincidentes en que la forma general es un cuadrilátero sin defensas de murallas y baluartes y su interior surcado por las calles rectilíneas que originaban una parrilla cuadrangular. El orden de la ciudad que ya cobraba materialidad contundente en sus calles “tiradas a cordel”,<sup>45</sup> como anota Bigot de la Quanté en 1708, refiriéndose a Buenos Aires, se afirma con el avance del siglo cuando, en 1749, Florián Paucke refiere en su relato la base organizativa del trazado a cordel para describir su impresión del paisaje urbano imperante. Se hace más explícito en el relato de Concolorcorvo unas décadas más adelante, cuando anota que Buenos Aires “está bien situada y delineada a la moderna, dividida en cuadras iguales y sus calles de igual y regular ancho”.<sup>46</sup> Además, considera que Tucumán, aunque pequeña en sus cinco cuadras, las posee “perfectas”.<sup>47</sup>

El trazado regular se hace más elocuente en los viajeros de las últimas décadas. Ya la ciudad había elevado sus edificios y cercados los solares por lo que Juan Francisco Aguirre observará, en 1783, con sumo interés los avances que materializan la regularidad de la traza y puede hacer anotaciones tales como las medidas de las cuadras, de “140 vs. Castellanas del ancho de 10 vs. inclusas [sic] las aceras de 1 ½ por cada lado”.<sup>48</sup> Y también será preciso en describir situaciones urbanas de adelanto al decir: “Las calles principales tienen vereda ó bien empedrada/ó ladrillada”.<sup>49</sup> Esta novedad, reforzada en la visión de Félix de Azara sobre que en Buenos Aires, el empedrado se extiende por casi la mitad de las calles, anchas y a cordel y que “tienen las aceras enladrilladas para la gente de a pie”,<sup>50</sup> se comenzó en el gobierno del Virrey Vértiz, quien mandó pavimentar con piedra<sup>51</sup> dos calles del centro, las hoy nombradas Florida-Perú y San Martín-Bolívar. La traza regular tiene, así, la posibilidad de ser leída en la ciudad del Plata con idéntica fuerza que en las aquellas consolidadas como resultado de condiciones humanas y económicas más favorables.<sup>52</sup>

A medida que transcurre el siglo, y merced a la expansión de la traza en el espacio sin límites que la circunda,



la ciudad gana en espacios abiertos nuevos. En el caso de Buenos Aires, Aguirre anota que a la plaza originaria se le suman otras debido a la construcción de nuevas viviendas más allá del núcleo primigenio: “Monserate, Concepción (sic), San Nicolás y Residencia.”<sup>53</sup> El paisaje urbano se enriquece con los espacios abiertos y junto con los edificios principales, se muestra con una pujanza que posibilita el cambio de la óptica, pasando del poco aprecio, en líneas generales, de los primeros viajeros a una apreciación más benévola y adecuada al contexto cultural en que surgió y se desarrolló.

El escenario urbano va configurando su imagen sobre la traza homogénea con los edificios que desde los albores del siglo XVIII impresionan a los viajeros como de poco valor, debido, en gran parte, a los materiales deleznable con que estaban contruidos. Las viviendas, calificadas como “casuchas de barro” en 1708 por Martín du Bassin, presentaban una altura similar y no más allá de los 10 pies por 2 de ancho, cubiertas con un cañizo soportado por una estructura de madera liviana y protegidas, finalmente, por tejas de canal. Siendo reducidas en número y tamaño las ventanas, este viajero nota la dificultad en iluminar los interiores que tienen mayor luz por la puerta de ingreso a las habitaciones. Esta sencillez que es descrita con un dejo de desdén, se percibe también en la mención del mobiliario porque “los muebles que adornan el interior corresponden perfectamente al exterior: cinco o seis sillas a la antigua, de madera, son todos los asientos; algunos tienen viejos sillones de cuero”.<sup>54</sup>

Pero avanzando el siglo, Florián Paucke, como antes lo habían hecho los padres Cattaneo y Gervasoni, apunta a que las viviendas de Buenos Aires ya presentaban muros de ladrillo y algunas, azotea, “para que en el verano se pueda tomar con la mayor comodidad el aire fresco arriba sobre la casa”.<sup>55</sup> Dato que no es menor, pues ya se advierten las influencias de las nuevas tendencias arquitectónicas de mejorar la vivienda y que antecede a la imposición plena del Neoclasicismo en el Río de la Plata con el arribo de los ingenieros militares. La homogeneidad de alturas y tejados comienza a ceder ante la techumbre plana y se utiliza la argamasa de cal para unir los ladrillos, tal como lo señalan Aguirre y Azara en las últimas décadas del siglo.

De este modo, la ciudad, concreta una imagen que mejora paulatinamente tanto en la escala doméstica como en la pública y los edificios gubernamentales y religiosos van siendo descritos con mejores características avanzando el siglo. De los dichos, en 1729, del padre Matías Strobel sobre que en toda Buenos Aires “no se ve ningún edificio que merezca atención, si se exceptúa el del consulado inglés”,<sup>56</sup> a la descripción que hace Aguirre de la iglesia jesuí-

tica en 1783, “muy proporcionada en sus partes: tiene tres naves sobre pilares; y sobre las colaterales hay tribunas”,<sup>57</sup> se registra cambios cualitativos y cuantitativos. Éstos se relaciona directamente con la transformación de Buenos Aires merced a la aparición de los hornos de ladrillo y de cal tempranamente mencionados por el padre Cattaneo en 1730, con lo que se tendrán materiales más perdurables y resistentes.

Durante el siglo XVIII se produjo en toda América Hispánica una gran renovación arquitectónica que también se verificó en las ciudades del Río de la Plata. Y son los viajeros los que traen en sus relatos la posibilidad de recrear la concreción de las manzanas en volúmenes cerrados con un gran centro verde, la mejora en su equipamiento y servicios urbanos, junto a las reformas y mejoras administrativas impulsadas por los Borbones que registra la historia oficial.<sup>58</sup>

La ciudad en el Río de la Plata vista por los viajeros llegados a lo largo del siglo XVIII fue ganando en importancia y prestigio a medida que las condiciones tecnológicas se mejoraban y cambiaba positivamente la instrucción de los visitantes. A través de estas narraciones es posible interpretar cómo las ciudades lograban mayor aptitud para “ir incorporando sin dificultad en el futuro los avances técnicos que se estrenaban en las ciudades europeas”.<sup>59</sup> Y también, comprender los adelantos educativos que aquella sociedad impulsaba, principalmente entre los oficiales del ejército y en algunos estamentos significativos de la organización social.

El siglo XVIII verifica en su ciclo cronológico que, la ciudad vista por los viajeros provenientes de la lejana Europa, había cambiado y evolucionado. Las primeras décadas, en donde se conservaban los impulsos de la ocupación y evangelización y los esfuerzos para lograr el afianzamiento de la ciudad y desde allí consolidar el territorio, hacía que se presentara una imagen urbana de irrelevante valor. El cambio a la ciudad que se perfilaba a finales de la centuria con la realización de nuevos programas arquitectónicos, especialmente civiles, fue resultado de la aparición de condiciones de paulatina secularización, y su registro minucioso por los viajeros, es relevante para reconstruir los escenarios urbanos de esos tiempos y en estas latitudes.

La ciudad hispanoamericana, vista y comprendida por los viajeros al Plata del siglo XVIII revela decisivamente la materialización de las ideas teóricas primarias del urbanismo europeo. Interpretada a la luz de los estudios urbanos contemporáneos, expone el valor de ser una parte tangible de la historia de cada ciudad y del país todo presentándose como otra forma importante de leer nuestra historia inmersa dentro de la historia de América y “en un horizonte que potencia nuestra indudable unidad cultural”.<sup>60</sup>

## Notas

<sup>1</sup> Cfr. HARDOY, Jorge E. *Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires. Grupo Editor Latinoamericano, 1991, p. 43.

<sup>2</sup> NORBERG-SCHULZ, C. *Arquitectura Barroca*, Buenos Aires, Viscontea, 1982, p. 12.

<sup>3</sup> PAISAJES URBANOS DE AMÉRICA Y FILIPINAS. [formato digital] <<http://www.mcu.es/archivos/CE/ExpoVisitVirtual/urbanismo/box-papel.html>> Búsqueda realizada el 5 de junio de 2007.

<sup>4</sup> Cfr. MORRIS, A.E.J. *Historia de la forma urban.*, 6° ed. Barcelona, G.Gilli, 1998, p. 348.

<sup>5</sup> BIELZA DE ORY, Vicente. *De la ciudad ortogonal aragonesa a la cuadrícula hispanoamericana como proceso de innovación-difusión, condicionado por la utopía*. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*. Universidad de Barcelona, Vol. VI, n° 106, 15 de enero de 2002. [formato digital] <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-106.htm>> Búsqueda realizada el 3 de enero de 2008).

<sup>6</sup> RECOPIACIÓN DE LAS LEYES DE LOS REYNOS DE INDIAS. Universidad de Antioquía, Biblioteca Central [formato digital] <[http://www.unalmed.edu.co/~aarango/Seminario\\_I\\_01-2003/L-INDIAS.DOC](http://www.unalmed.edu.co/~aarango/Seminario_I_01-2003/L-INDIAS.DOC)> Búsqueda realizada el 5 de junio de 2007.

<sup>7</sup> WAISMAN, Marina. *El interior de la historia*. Bogotá, Escala, 1990, p.131.

<sup>8</sup> CARRIZO RUEDA, Sonia. *Poética del relato de viajeros*. Edition Reinchenberger, p. 26 [formato digital] <[http://books.google.com.ar/books?hl=es&id=DgmEOFTxsvIC&dq=sofia+carrizo+rueda&printsec=frontcover&source=web&ots=YmYJdDB53V&sig=HcOmrDpnoKeoR\\_mmOamjlcM9ZHc#PPA26,M1](http://books.google.com.ar/books?hl=es&id=DgmEOFTxsvIC&dq=sofia+carrizo+rueda&printsec=frontcover&source=web&ots=YmYJdDB53V&sig=HcOmrDpnoKeoR_mmOamjlcM9ZHc#PPA26,M1)> Búsqueda realizada el 7 de marzo de 2008.

<sup>9</sup> TORRE REVELLO, José. *Viajeros, relaciones, cartas y memorias (siglo XVII, XVIII y primer decenio del XIX)*. (En: LEVENE, Ricardo (Director). *Historia de la Nación Argentina*, 2° Ed, Vol. IV, Buenos Aires, El Ateneo, 1940, p. 406)

<sup>10</sup> RÍPODAS ARDANAZ, Daisy (ed). *Viajeros al Río de la Plata 1701-1725*, Buenos Aires, Union Académique Internationale-Academia Nacional de la Historia, 2002, p. 83.

<sup>11</sup> Ídem. p. 94

<sup>12</sup> Cfr. CHUECA GOITÍA, Fernando, *Breve historia del urbanismo*. 12° edición, Madrid, Alianza, 1989, p. 95.

<sup>13</sup> RÍPODAS ARDANAZ, Daisy. *ob.cit.*, p. 401.

<sup>14</sup> PRIMERA CARTA DEL PADRE CARLOS GERVASONI, AL PADRE COMINI DE LA COMPAÑÍA DE JESUS. (En: *Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los padres C. Cattaneo y C. Gervasoni S.J.* Estudio preliminar, traducción y notas del arquitecto Mario J. Buschiazzo. Buenos Aires, C.E.P.A., 1941, p. 199).

<sup>15</sup> MÜHN, Juan S.J. *La Argentina vista por viajeros del Siglo XVIII*. Buenos Aires, Huarpe, 1946, p. 59.

<sup>16</sup> SEGUNDA CARTA DEL P. CATTANEO S.J., A SU HERMANO JOSÉ, DE MÓDENA. (En: *Buenos Aires y Córdoba en 1729 según cartas de los padres C. Cattaneo y C. Gervasoni S.J.* Estudio preliminar, traducción y notas del arquitecto Mario J. Buschiazzo. Buenos Aires, C.E.P.A., 1941. p. 149).

<sup>17</sup> PARRAS, Pedro José de. *Diario y derrotero de sus viajes 1749-1753*. Buenos Aires, Solar, s.f. p.109.

<sup>18</sup> Ídem, p. 144

<sup>19</sup> De acuerdo al Dictamen 3/03 del 22 de setiembre de 2003 de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe, que otorga el aval a la tesis presentada por el Archivo General de la Provincia de Santa Fe y la Bolsa de Comercio de Santa Fe para considerar a la ciudad como PRIMER PUERTO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, en punto 9° se especifica que “con el objeto de consolidar su posición portuaria

*Santa Fe logró de la Audiencia de Charcas en 1739 el privilegio de ser puerto preciso de las embarcaciones paraguayas, correntinas y misioneras, condición que ratificó la Corona en 1743”, con lo cual resulta que para la visita de Fray Parras, la ciudad estaba recibiendo esas regalías; esta situación se ratifica a continuación en el punto 11°: “que la condición de puerto preciso le aseguró a Santa Fe un movimiento extraordinario de mercaderías entre 1740 y 1780, año en que el Virrey Vértiz la dejó sin efecto en forma provisoria” aunque los adelantos edilicios y urbanos, gracias al aumento de las rentas ciudadanas, todavía no puedan ser registrados por el ilustre visitante.*

<sup>20</sup> PARRAS, Pedro José de. *Ob. Cit.* p. 165.

<sup>21</sup> Ídem, p. 167.

<sup>22</sup> Ídem, p. 208.

<sup>23</sup> Cfr. SOBRÓN, Dalmacio, *Giovanni Andrea Bianchi, un arquitecto italiano en los albores de la arquitectura colonial argentina*. Buenos Aires, Corregidor, 1997, p. 233.

<sup>24</sup> PUCKE, Florián, *Hacia allá y para acá; una estada entre los indios mocobíes 1749-1767*, T. 1. Córdoba, Nuevo Siglo, 1999, p. 170.

<sup>25</sup> “A partir de la mitad del siglo XVIII comienza la recuperación y la ciudad ve aparecer residencias de categoría.” TEJERINA CARRERAS, Ignacio G. *Introducción al período hispano en Córdoba*. Córdoba, Instituto de Estudios Históricos Roberto Levillier, 1990, p. 69.

<sup>26</sup> PAUCKE, Florián. *Ob. Cit.* p. 130.

<sup>27</sup> Cfr. MORENO, Carlos, *Yendo, viniendo y poblando*, Buenos Aires, ICOMOS, 1996, p. 117.

<sup>28</sup> Cfr. LE GOFF, Jacques. “La città medievale; un'avventura di uomini e pietre”, *Storia e dossier*, Anno VI, Numero 53, luglio-agosto 1991, p. 71).

<sup>29</sup> Cfr. CONCOLORCORVO. *El lazareto de ciegos caminantes. Desde Buenos Aires hasta Lima. 1773*, Buenos Aires, Solar, 1942, p. 39.

<sup>30</sup> VIÑUALES, Graciela María. *Buenos Aires*. (En: GUTIERREZ, Ramón (Coordinador). *Centros históricos. América latina*, Bogotá, Escala, 1989, p. 258).

<sup>31</sup> CONCOLORCORVO, *Ob. Cit.* p. 67.

<sup>32</sup> Ídem, p. 87.

<sup>33</sup> Cfr. LUNA, Félix. *La cultura en tiempos de la Colonia*. Buenos Aires, Planeta, 1998. p.119 y sgtes.

<sup>34</sup> AGUIRRE, Juan Francisco. *Diario*, Tomo I, Revista de la Biblioteca Nacional, Tomo XVII. 3° y 4° trimestre de 1947, Nros. 43 y 44, p. 218.

<sup>35</sup> Ídem. p. 248

<sup>36</sup> ALVEAR, Diego de. *Diario de la segunda división de límites, al mando de don Diego de Alvear, teniente de navío de la Real Armada*. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837. p. 6 [formato digital] <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p212/01159296108929369658813/index.htm>> Búsqueda realizada el 12 de noviembre de 2007.

<sup>37</sup> Ídem, p. 18-19.

<sup>38</sup> Ídem, p. 19.

<sup>39</sup> AZARA, Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Madrid, Imprenta de Sanchís, 1847, p. 316.

<sup>40</sup> Cfr. GUTIERREZ, Ramón. *Evolución urbanística y arquitectónica del Paraguay. 1537-1911*, Asunción, Comuneros, 1983, p.32.

<sup>41</sup> Cfr. AZARA, Félix de. *op. cit.*, p. 332-3.

<sup>42</sup> Ídem, p.333.

<sup>43</sup> Ídem, p.335.

<sup>44</sup> GUTIERREZ, Ramón. *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Madrid, Cátedra, 1983, p. 78.

<sup>45</sup> RÍPODAS ARDANAZ, Daisy. *ob. cit.*, p. 153.

<sup>46</sup> CONCOLORCORVO. *ob. cit.*, p. 45-46.

<sup>47</sup> Ídem, p. 87.

<sup>48</sup> AGUIRRE, Juan Francisco. *ob. cit.*, p. 245.

<sup>49</sup> Ídem, p. 246.

<sup>50</sup> AZARA, Félix de. *ob. cit.*, p. 333.

<sup>51</sup> Cfr. BUSANICHE, José Luis. *Historia argentina*, 4ª reimpresión, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, p. 268.

<sup>52</sup> Las ciudades relacionadas a la explotación minera -luego de inicios un tanto anárquicos- fueron pujantes y en el siglo XVIII conformarán su ámbito urbano con mayor prestancia. Caso de Guanajuato, que en la segunda mitad de esa centuria edificó los importantes templos barrocos o churriguerescos que la caracterizan. Cfr. ARTIGAS, Juan Benito, *Guanajuato*. (En: GUTIERREZ, Ramón (coordinador). *Centros históricos-América Latina*, *ob.cit.*, p. 48)

<sup>53</sup> AGUIRRE, Juan Francisco. *ob. cit.*, p. 245.

<sup>54</sup> RÍPODAS ARADANAZ, Daisy. *ob. cit.*, p. 148.

<sup>55</sup> PAUCKE, Florián. *ob. cit.*, p.131.

<sup>56</sup> MÜHN, Juan. *ob. cit.*, p. 59.

<sup>57</sup> AGUIRRE, Juan Francisco. *ob. cit.*, p. 249.

<sup>58</sup> Cfr. PALACIO, Ernesto. *Historia de la Argentina 1515-1973*, 13ª Ed., Buenos Aires, Abeledo Perrot, 1984, p. 106.

<sup>59</sup> RÍPODAS ARDANAZ, Daisy. *Los servicios urbanos en Indias durante el siglo XVIII*. Separata de *Temas de historia argentina y americana*, N° 2, enero-julio de 2003. p. 208

<sup>60</sup> GUTIERREZ, Ramón. *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*. *ob. cit.*, p. 12.

## Bibliografía

AGUIRRE, Juan Francisco. *Diario*, Tomo I. *Revista de la Biblioteca Nacional*, Tomo XVII, 3ª y 4ª trimestre de 1947, nros. 43 y 44.

ALVEAR, Diego de. *Diario de la segunda división de límites, al mando de don Diego de Alvear, teniente de navío de la Real Armada*. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837. [formato digital] <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p212/01159296108929369658813/index.htm>>

ARTIGAS, Juan Benito. *Guanajuato*. (En: GUTIERREZ, Ramón (coordinador). *Centros históricos-América Latina*. Bogotá, Escala, 1989.)

AZARA, Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*, Madrid, Imprenta de Sanchís, 1847.

BIELZA DE ORY, Vicente. *De la ciudad ortogonal aragonesa a la cuadrícula hispanoamericana como proceso de innovación-difusión, condicionado por la utopía*. *Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Universidad de Barcelona, Vol. VI, n° 106, 15 de enero de 2002. [formato digital] <<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-106.htm>>

BUENOS AIRES Y CÓRDOBA EN 1729 SEGÚN CARTAS DE LOS PADRES C.CATTANEO Y C. GERVASONI S.J. Estudio preliminar, traducción y notas del arquitecto Mario J. Buschiazzo. Buenos Aires, C.E.P.A., 1941.

BUSANICHE, José Luis, *Historia argentina*, 4ª reimpresión. Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976.

CARRIZO RUEDA, Sonia. *Poética del relato de viajeros*. Edition Reinchenberger. [formato digital]. <[http://books.google.com.ar/books?hl=es&id=DgmEOFTxsvIC&dq=sofia+carrizo+rueda&printsec=frontcover&source=web&ots=YmYJdDB53V&sig=HcOmrDpnoKeoR\\_mmOamjlcM9ZHc#PPA26,M1](http://books.google.com.ar/books?hl=es&id=DgmEOFTxsvIC&dq=sofia+carrizo+rueda&printsec=frontcover&source=web&ots=YmYJdDB53V&sig=HcOmrDpnoKeoR_mmOamjlcM9ZHc#PPA26,M1)>

CHUECA GOITÍA, Fernando. *Breve historia del urbanismo*, 12ª edición, Madrid, Alianza, 1989.

CONCOLORCORVO. *El lazarrillo de ciegos caminantes. Desde Buenos Aires hasta Lima. 1773*. Buenos Aires, Solar, 1942.

GUTIERREZ, Ramón (Coordinador). *Centros históricos. América latina*. Bogotá, Escala, 1989.

GUTIERREZ, Ramón. *Arquitectura y urbanismo en Iberoamérica*, Madrid, Cátedra, 1983.

GUTIERREZ, Ramón. *Evolución urbanística y arquitectónica del Paraguay. 1537-1911*, Asunción, Comuneros, 1983.

HARDOY, Jorge E. *Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.

LE GOFF, Jacques, "La città medievale; un'avventura di uomini e pietre", *Storia e dossier*, Anno VI Numero 53, luglio-agosto 1991, p. 71.

LEVENE, Ricardo (Director). *Historia de la Nación Argentina*. 2ª Ed., Vol. IV, Buenos Aires, El Ateneo, 1940.

LUNA, Félix. *La cultura en tiempos de la Colonia*, Buenos Aires, Planeta, 1998.

MORRIS, A.E.J. *Historia de la forma urbana*, 6ª ed., Barcelona, G.Gilli, 1998.

MÜHN, Juan S.J. *La Argentina vista por viajeros del Siglo XVIII*, Buenos Aires, Huarpes, 1946.

NORBERG-SCHULZ, C. *Arquitectura Barroca*. Buenos Aires, Viscontea, 1982.

PAISAJES URBANOS DE AMÉRICA Y FILIPINAS. [formato digital] <<http://www.mcu.es/archivos/CE/ExpoVisitVirtual/urbanismo/box-papel.html>>

PALACIO, Ernesto, *Historia de la Argentina 1515-1973*, 13ª Edición, Buenos Aires, Abeledo Perrot, 1984.

PARRAS, Pedro José de. *Diario y derrotero de sus viajes 1749-1753*, Buenos Aires, Solar, s.f.

RECOPIACIÓN DE LAS LEYES DE LOS REYNOS DE INDIAS. Universidad de Antioquía, Biblioteca Central [formato digital] <[http://www.unalmed.edu.co/~aarango/Seminario\\_I\\_01-2003/L-INDIAS.DOC](http://www.unalmed.edu.co/~aarango/Seminario_I_01-2003/L-INDIAS.DOC)>

RÍPODAS ARDANAZ, Daisy. *Los servicios urbanos en Indias durante el siglo XVIII*. Separata de *Temas de historia argentina y americana*, N° 2, enero-julio de 2003.

RÍPODAS ARDANAZ, Daisy (ed). *Viajeros al Río de la Plata 1701-1725*, Buenos Aires, Union Académique Internationale-Academia Nacional de la Historia, 2002.

SOBRÓN, Dalmacio. *Giovanni Andrea Bianchi, un arquitecto italiano en los albores de la arquitectura colonial argentina*, Buenos Aires, Corregidor, 1997.

TEJERINA CARRERAS, Ignacio G. *Introducción al período hispano en Córdoba*, Córdoba, Instituto de Estudios Históricos Roberto Leviller, 1990.

TORRE REVELLO, José. *Viajeros, relaciones, cartas y memorias (siglo XVII, XVIII y primer decenio del XIX)*. (En: LEVENE, Ricardo (Director). *Historia de la Nación Argentina*. 2ª Ed. Vol. IV. Buenos Aires, El Ateneo, 1940).

VIÑUALES, Graciela María, *Buenos Aires*. (En: GUTIERREZ, Ramón (Coordinador). *Centros históricos. América latina*. Bogotá, Escala, 1989).

WAISMAN, Marina. *El interior de la historia*. Bogotá, Escala, 1990.

RUBÉN OSVALDO CHIAPPERO. Arquitecto y Magister en Conservación de Monumentos. Académico correspondiente de la Real Academia de Córdoba (España), Profesor Titular de la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Santa Fe (Argentina). Correo electrónico: rubenchiap@yahoo.com.ar